

Sáb
15 Ago

Homilía de Asunción de la Virgen María

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Dios ha mirado la humillación de su esclava”

Introducción

Los cristianos corremos el peligro de idolatrar a la Virgen si olvidamos que María no se entiende si no es en relación con la presencia salvífica que Dios ha tenido siempre con toda la creación, presencia que llevó a su plenitud por medio de Jesús de Nazaret. Dios –que no lo necesita– es el que debe ser honrado por nosotros en esta fiesta de la Asunción de María, como lo ha de ser en todas las que los cristianos celebramos, por su infinita, incondicional e inimaginable bondad y misericordia para con todos nosotros, y por ser el origen de los dones que nos adornan a las criaturas. A la manera como hizo con Jesús, Dios lleva a cabo la suprema liberación de los seres humanos al darnos vida junto a Él más allá de la muerte. Dios, que resucitó a Cristo de entre los muertos como el primero de los que durmieron, también resucitó a su madre María, que fue alabada por Jesús más por su fe que por el hecho biológico de ser su madre. María es el primero y más eminente fruto de la redención llevada a cabo por su Hijo. Eso significa que Dios la “elevó” en cuerpo y alma al cielo. Por eso hoy debemos, como la creyente María, “proclamar la grandeza salvadora del Señor”.

Pero no todo puede quedar en agradecer y proclamar con palabras la grandeza salvadora de Dios. Los primeros seguidores de Jesús, por su fe y su contacto con él, experimentaron una transformación completa en sus vidas. Y el “Abba” de Jesús y nuestro, el Dios que tiene preferencia por los pobres, los excluidos y los pecadores, reclama de los que nos consideramos cristianos, seres humanos transformados, seguir el itinerario vital de Jesús: servir al reino de Dios con todas nuestras fuerzas para “elevar” a las personas de las miserias en las que están hundidas.



Baldomero López Carrera
Laico Dominico

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 11, 19a; 12, 1. 3-6a. 10ab

Se abrió en el cielo el santuario de Dios y apareció en su santuario el arca de su alianza. Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; y está encinta, y grita con dolores de parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra signo en el cielo: un gran dragón rojo que tiene siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas, y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se puso en pie ante la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo cuando lo diera a luz. Y dio a luz un hijo varón, destinado el que ha de pastorear a todas las naciones con vara de hierro, y fue arrebatado su hijo junto a Dios y junto a su trono; y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios. Y oí una gran voz en el cielo que decía: «Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo».

Salmo

Salmo 44, 10. 11-12. 16 R/. De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir

Hijas de reyes salen a tu encuentro, de pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir. R/. Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna; prendado está el rey de tu belleza: póstrate ante él, que él es tu señor. R/. Las traen entre alegría y algazara, van entrando en el palacio real. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 20-27a

Hermanos: Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después, cuando él vuelva, todos los que son de Cristo; después los últimos, cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza. Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies. El último enemigo aniquilado será la muerte. Porque Dios ha sometido todo bajo sus pies.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las

mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, «se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava». Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: «su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación». Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despides vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia» - como lo había prometido a «nuestros padres» - en favor de Abrahán y su descendencia por siempre». María se quedó con Isabel unos tres meses y volvió a su casa.

Pautas para la homilía

El Magnificat expresa parte de las bienaventuranzas del reino de Dios

El «reino de Dios», frase clave del mensaje de Jesús, no es otra cosa que la expresión bíblica de lo que es Dios: soberano amor, incondicional y liberador, sobre todo de los pobres, enfermos, viudas, pecadores y marginados. El Magnificat recoge parte de las bienaventuranzas del reino de Dios. «A los hambrientos los colma de bienes ... a los ricos los despides vacíos... dispersa a los soberbios de corazón ... enaltece a los humildes». María, siguiendo la vida y el mensaje de su Hijo, quiere, en su canto, dar esperanza justamente a quienes, en la perspectiva social y humana y en conformidad con nuestras humanas reglas de juego, carecen ya de toda esperanza. El Dios al que Jesús llama «Abba» es primeramente el Dios de los rechazados y los excluidos, porque ése es el único modo de ser un Dios de todos los hombres. Y en esta conducta de Jesús con los excluidos de la tierra, Jesús tiene conciencia de actuar como Dios lo haría y expresa al mismo tiempo qué Dios tenemos los seres humanos.

Jesús, al mostrar su preferencia por ellos, arranca a los pobres del desprecio de sí mismos por ser discriminados, les devuelve su dignidad de seres humanos. Y esta primera liberación individual es a la vez el posible comienzo de una autoliberación social, una rebeldía contra un sistema social que empobrece a una gran parte de la población. Las bienaventuranzas sobre los pobres no son un consuelo evangélico para mantenerlos calmados. Es más bien la divina licencia que Jesús les da para alzar su protesta, como hijos especialmente amados por Dios, contra una sociedad vio-lenta con ellos. Justamente to-mando partido por los pobres y discriminados, el reino de Dios se hace presente. Éste es, al mismo tiempo, una crítica y un reto a los que somos ricos para desprendernos del egoísmo y marchar por el camino del compartir fraternal.

El dragón rojo del Apocalipsis personifica al mal que nos acecha

El autor del Apocalipsis personifica en el dragón rojo –ensangrentado– al Imperio romano –sobre todo al emperador divinizado– que en aquellos tiempos perseguía sangrientamente a los cristianos. El poder militar, político y propagandístico de este imperio era tan grande que ante él la fe cristiana, la Iglesia, parecía una mujer inerme, sin posibilidad de sobrevivir, y mucho menos de vencer. ¿Quién podía oponerse a este poder omnipresente, que aparentemente era capaz de hacer todo? Y, sin embargo, para el autor sagrado, al final venció la mujer inerme.

En nuestro tiempo, el dragón rojo reviste otras formas a las que los cristianos estamos llamados a combatir. Por ejemplo, una sociedad de consumo que, como el emperador romano, exige entrega total y adoración, y que, sin embargo, causa hambre y miseria en una gran parte del planeta. Hoy hemos visto que tiene pies de barro y que se asienta sobre la mentira, como lo demuestran los millones de personas que están sufriendo el desplome del sistema económico mundial. También el sexism es una bestia que amenaza nuestra convivencia diaria, dentro y fuera de nuestra Iglesia. Lo mismo podemos decir de las dictaduras que sufren muchos pueblos; y del odio que padecen los inmigrantes en nuestra sociedad de la abundancia; y de tantos tipos de males sociales y personales, de los cuales es misión de los cristianos ayudar a liberar a sus hermanos los seres humanos.

El compromiso que exige el rezar el Magnificat

Ni los poderosos han sido derribados de sus tronos, ni los hambrientos han sido colmados de bienes. Más bien parece que sucede todo lo contrario. Y es que el reino de Dios ha sido inaugurado con Jesús de Nazaret, ciertamente, pero la salvación de los seres humanos tiene todavía un largo camino por recorrer hasta su implantación en la tierra. Por ello, Jesús envía a sus discípulos y les da la fuerza de su Espíritu no sólo con la misión de transmitir el anuncio del perdón de los pecados y la vida eterna, sino también con la de «sanar y salvar». Los seres humanos que consiguen experimentar en Jesús la salvación que viene de Dios son a su vez llamados a hacer lo mismo siguiendo a Jesús, e incluso a hacerlo aún en mayor medida (Jn 14, 12), con amor incondicional al prójimo. Sólo así, es creíble que el reino de Dios es la salvación para todos los seres humanos. Por eso, rezar o cantar el Magnificat no sólo es una alabanza de agradecimiento a Dios por el don de la salvación, sino también un compromiso para hacer que los poderosos sean derribados de sus tronos y que los hambrientos sean colmados de bienes. Jesús no quiso ser un líder político-mesiánico, pero su mensaje y su vida tuvieron implicaciones sociales y políticas de profundo calado. La práctica del reino de Dios lleva a acciones y palabras que pueden poner en entredicho y criticar a instituciones sociales, políticas, económicas, religiosas y también –cómo no– a personas. Porque la conducta de Jesús conmociona hoy nues-tró sentido de lo que es justo, bueno y honesto. Creer en la resurrección de Jesús y en la nuestra, en la asunción de María al cielo, es luchar contra todo lo que signifique muerte y deterioro. Las pequeñas resurrecciones de los crucificados que hay en nuestro mundo son trozos de la gran resurrección que el Señor nos concederá como don.

Quien se fía de Dios, tiene la esperanza de que el bien es más fuerte que el mal

Jesús se fio de Dios y vivió con la convicción de ser afirmado y reconocido como Hijo por su Abba. Esto es lo que confiesa nuestra tradición cristiana. Lo mismo sucederá con nosotros si nos fíamos de Dios: su Espíritu nos transformará y nos renovará para practicar un amor solidario. Como sucedió con Zaqueo, el recaudador de impuestos, quien, tras su encuentro liberador con Jesús, hizo que los pobres compartieran lo que poseía. La resurrección de Jesús y su ascensión junto al Padre, la asunción de María y la de todos los que han muerto en el Señor, nos quieren enseñar que el bien es más fuerte que el mal. La experiencia fundamental de los primeros discípulos tras el viernes santo fue que el mal, la cruz, no pueden tener la última palabra; el camino que ha recorrido la vida de Jesús es el correcto, y es la última palabra, rubricada en su resurrección. Y no es que la resurrección sea una especie de compensación por el fracaso histórico del mensaje y la actuación de Jesús; sino porque el «recorrer Palestina haciendo el bien» fue ya el comienzo del reino de Dios: de un reino en el que la muerte y la injusticia no tienen ya lugar. En la puesta en práctica del reino de Dios en Jesús está ya anticipada la resurrección, la asunción al cielo. La fe pascual afirma que ninguna forma de mal tiene un futuro definitivo.



Baldomero López Carrera
Laico Dominicano

Evangelio para niños

La Asunción de la Sma. Virgen - 15 de agosto de 2009



La verdadera dicha
Llucas 11, 27-28

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a las turbas, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: - ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Pero él repuso: - Mejor: ¿Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!

Explicación

Jesús, cuando hablaba con su Padre Dios le daba gracias, porque era muy agradecido y además valoraba mucho todo lo bueno que Dios hace en favor de sus hijos, que somos todos. Hoy, unidos a Jesús, damos gracias a Dios Padre, porque María, la madre de Jesús, ha pasado de estar en la tierra acompañada por los amigos de su Hijo, a la Casa del Padre en el cielo, participando de la vida feliz y plena de Jesús.